



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE PUERTO RICO

LECCIÓN MAGISTRAL



LA ESTÉTICA DE LA JUVENTUD:
LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO
COMO UNA OBRA DE ARTE

MIÉRCOLES, 27 DE ENERO DE 2010
EN OCASIÓN DE LOS ACTOS DE INVESTIDURA DEL
DR. JORGE IVÁN VÉLEZ AROCHO, DUODÉCIMO PRESIDENTE

Dr. Andrés Rodríguez Rubio



Posee un Doctorado en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid y una Maestría en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es Catedrático de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Bayamón, donde se desempeña como profesor del Departamento de Filosofía.

Durante los años 1966 - 1970 fungió como Director del Departamento de Filosofía en La Católica. Posteriormente, se desempeña como Vicepresidente Adjunto de Asuntos Académicos, Vicepresidente de Asuntos Académicos y Director del Instituto de Doctrina Social de la Iglesia.

Es autor de los siguientes libros: *Estética de la Juventud; Ética de la Empresa para empresarios y profesionales; Globalización, pensamiento crítico y pedagogía de la liberación; Ethica Nova; El ser humano desde la perspectiva filosófica; El sentido de lo humano; El problema de la Verdad y Filosofía del Hombre; Introducción a la Antropología Filosófica.*

El Dr. Rodríguez es miembro de la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía y desde el año 2003 preside el Círculo para la Beatificación del Siervo de Dios Maestro Rafael Cordero Molina.

INTRODUCCIÓN

El eje central de esta lección es la formación del carácter, *êthos* para los griegos, que quiere decir el modo de ser o el modo de conducirnos en la vida; ese modo de ser que es el estilo firme y estable de actuar en el mundo. El tema implica que se indaga sobre la forma de construir un buen carácter y como éste llega a tener esa perfección si a través de la existencia, desde muy temprana edad, se van formando los pilares o refuerzos básicos del carácter bueno, que son las virtudes. Las virtudes son cualidades excelentes que se forman por la repetición de actos buenos, constituyendo una suerte de costumbre del bien como fruto del ejercicio continuo. En su esencia esto es la sustancia de la ética, palabra que se deriva de lo que acabamos de llamar en griego *êthos*. De *êthos* viene ética. Postulamos aquí una ética del carácter que no es nada nuevo sino es la tesis central de Aristóteles en su libro *Ética a Nicómaco*. Pero en la tesis de Aristóteles la formación del carácter bueno nos lleva a conseguir el propósito fundamental de la vida humana, ese fin que todos buscamos, que es la felicidad, *eudaimonia*, como la llamaban los griegos. CARÁCTER-VIRTUD-FELICIDAD constituyen una suerte de fórmula imprescindible que hay que practicar si se quiere alcanzar la vida buena, que es a su vez la vida feliz. Feliz, advierte Aristóteles, como puede ser un hombre, es decir nunca completamente feliz como serían los dioses.

Con este carácter firme en el vivir bien no se nace. La construcción de éste, es la construcción de uno mismo durante el vivir. Muchos le han llamado a esta buena práctica, *el arte de vivir*. Si no se nace con el dominio de ningún arte, tenemos que aprender el arte que queremos practicar. En consecuencia, hay que aprender a vivir bien, *ad bene vivere*, como decía Tomás de Aquino. Vivir espontáneamente es implicar que uno ya domina el arte de vivir y debe prepararse en otras cosas y no en esta

fundamental, lo que es un muy lamentable error. Si a algo tenemos que dedicarle el mayor cuidado es a la construcción de nosotros mismos, a aprender el arte de vivir. Como se trata en nuestro tema del arte de la vida buena, es que le llamo estética, en cuanto es el arte del bien vivir. Y por otra razón, le llamo estética, porque en Grecia Platón encontraba que el bien y la belleza estaban unidos. El bien vivir es vivir bellamente, la belleza era perfección, o el resplandor del bien, o como lo dijo el estoico Crisipo, la belleza es la flor de la virtud. Por eso en nuestro tiempo ha dicho finamente Michel Foucault que la ética griega era una estética de la existencia. La estética del alma bella. Al hablar hoy aquí de la estética de la juventud, la construcción de uno mismo, lo que quiero decir, si es que logro transmitirlo, es cómo el hombre y la mujer desde su juventud deben esforzarse por aprender a construir un alma bella, entendiendo el alma metafóricamente como todo el ser, y que esta construcción es la más importante de toda nuestra vida: no se sabe al nacer como vivir; hay que aprenderlo y practicarlo día a día.

Sin embargo, hay más, mucho más. Este ideario que he planteado, más filosófico que otra cosa, puede completarse en los que tienen la gracia de la fe con la cual se añaden en el bautismo los dones sobrenaturales del Espíritu (en la confirmación el bautizado recibe al Espíritu en plenitud), que son otra forma de virtudes que Dios infunde en el alma; no son resultado del esfuerzo propio, como las virtudes morales, sino dadas gratuitamente por Dios mismo e imprimen en el hombre y en la mujer una energía divina que los mueve cuando se tiene esa docilidad sensible para sentir la fuerza del Espíritu que orienta la vida cristiana. Entonces el ser humano va, no a la *eudamonia* o felicidad relativa de los griegos, sino a la felicidad plena y total que es la *makariotés*, según la denominaba Santo Tomás de Aquino, o la beatitud (felicidad perfecta o completa y añade, recordando a San Mateo, “cuando seamos en el cielo como los ángeles”).

La juventud es la etapa principal de la creación del carácter moral, por ello mismo, por ser creación se nos ocurre llamarla estética, formalizadora, constructora; y por esa vieja complicidad entre el bien y la belleza que mentaban los griegos, se refuerza este nombre para terminar diciendo que en el arte de vivir el carácter que queremos nos pide que alcancemos el poder de enriquecerlo en cada decisión, en cada instante, como ese golpe decisivo que daba Miguel Ángel cada vez cuando iba construyendo el David, o cuando tocaba finamente la bóveda de la Capilla Sixtina pintando a Adán en el Paraíso. Pero ni en mármol, ni en yeso, construimos nosotros nuestro *êthos*, ni en un mes, ni en cuatro años. Es en el fértil huerto del alma y hasta el último minuto de la existencia, y no es para recibir el aplauso del mundo, como suele suceder con el artista exitoso, sino sólo el aplauso mudo y silencioso de nuestra propia conciencia.

Pienso que habría que trabajar en la construcción del carácter como lo hacen los artistas cuando crean su obra: están disfrutando cuando crean, aunque se cansen, se angustien, suden o desfallezcan trabajando. La felicidad no excluye el esfuerzo ni el dolor; mientras estemos encaminados firmemente hacia la meta que nos proponemos, un nivel alto de felicidad nos invade, así, mezclada con dolor y todo. En cambio, si sufriéramos o agotáramos nuestra vida sin propósito ninguno o para desarrollar exclusivamente los fines de otro, como lo hace el esclavo o el obrero explotado, seríamos profundamente infelices. Fromm ha señalado más de una vez que lo contrario a la felicidad no es el dolor o el esfuerzo sino la depresión que resulta de la improductividad personal. Dolor y esfuerzo es parte del proceso de avanzar, progresar y crecer humanamente. Epicuro ya había señalado que no todo dolor es malo, sobre todo si éste nos regala un fruto bueno y hermoso. Si eres mujer sabes que parir es doloroso y su resultado entrañablemente hermoso. Esa

experiencia es como un símbolo de todo lo grande que se hace en la vida. La comodidad perpetua es estéril como una piedra, y pesada como ésta. La carga peor de la vida es la improductividad que viene de la pasividad. Vivir plenamente es desarrollar continuamente los dones que tenemos enterrados en el alma como en una mina inexplorada y sin identificar. Por eso la vida es una suerte de exploración en el desierto árido de nuestra naturaleza virgen.

¿Y por qué tenemos que empeñarnos en trabajar sobre nosotros mismos?

Porque sentimos la vida como un *quehacer* o *tarea* que necesita expandirse o realizarse. Hasta tal punto que la justificación de nuestra vida depende de esto. De allí surge lo que en los humanos llamamos la preocupación por lo que somos. La filosofía existencialista apuntó certeramente, me parece, al subrayar este elemento como un existenciario, como un aspecto intrínseco al ser. La *cura sui* o *souci de soi* (Michel Foucault), *la sorge* (Martin Heidegger), *la preocupación* (José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, José Luis L. Aranguren) como característico del hombre. No hay otro ser viviente con esta condición. Esa pregunta terrible que a veces nos cae encima ¿qué has hecho con tu vida? Es ésta una pregunta que cuando viene apunta a algo interno a la que siempre nos vemos impelidos a contestar y a justificar. Y es que en la preocupación que nos acucia estamos emplazados por el tiempo. Tenemos un tiempo limitado para vivir, para realizarnos: tenemos los días contados. Esta ecuación, preocupación (obligación) y tiempo, nos constituye, nos marca sin que podamos escapar, a no ser por la evasión o el autoengaño, a su constante asedio: construir una existencia plena, hacer una vida que justifique su estar en el mundo, su valer, nos acucia siempre y no hay un tiempo infinito para alcanzarlo. Ni las cosas ni los animales son

conscientes del tiempo ni de la muerte, vaya entonces que si van a tener eso que llamamos preocupación. Para nada. Sólo el hombre carga con este peso metafísico diría, porque no es el peso de una masa tangible sobre la espalda. Es el reto moral de crear con la vida que se tiene una obra lograda, valiosa.

Es importante intentar reflexionar sobre cómo se puede vivir una vida buena que nos permita responder con paz interior a la pregunta ¿qué has hecho con tu vida? Michel Foucault veía con lucidez que la vida es el material que tenemos para construir la existencia, como un escultor que encuentra el mármol en bruto para sacar de él una obra lograda. Así, como escultores de nosotros mismos, que es como pensaba Nietzsche que debíamos ser, como artistas con un quehacer monumental, trabajamos día a día acertando y errando en cada golpe, que son golpes de decisión, al filo de la libertad, a la que sólo nosotros podemos empujar y de la cual debemos responder. Son nuestras buenas y malas decisiones la materia de nuestra memoria vital, de nuestro carácter. El éxito o el fracaso, el avance o el retroceso, el estancamiento o la marcha continua no es asunto de los otros, de los que me rodean, como la cobardía moral nos hace a veces decir: “no logré ser lo que quería ser porque mis padres me dañaron la vida, o fue la situación de mi país, o del mundo”. En la mayoría de los casos, todo eso es mentira, es el autoengaño para encubrir la verdad terrible de que no hemos tenido el coraje para luchar con dignidad para hacernos a nosotros mismos derechamente. ¿Por qué evadimos tomar las herramientas para empezar y continuar la construcción de nuestra obra vital?, o, ¿por qué si las habíamos tomado las dejamos a mitad de camino, o mucho antes?

Es importante anotar que la juventud siente también una fascinación por emprender grandes proezas. Por ello los

grandes revolucionarios y reformadores, son sorprendentemente jóvenes. Por eso creo que la invitación a la vida buena dirigida a los jóvenes debe llegar a tiempo y debe ser presentada como la verdadera proeza que importa en esta vida. Creo que es lo que los jóvenes presienten y esperan, pero por el *desorden establecido*, como decía irónicamente Manuel Mounier, la invitación a la vida buena está postergada o no se oye; por la prioridad del consumismo, los placeres perros (metáfora de Plutarco) y por la educación tecno-científica que alimenta a ambas. Me maravilla la ciencia y la tecnología pero enseñarla desvinculada de todo humanismo es mutilar la educación y condenar a la humanidad a eso que precisamente estamos viviendo: un mundo habitado, cada vez más, por egoístas insensibles que viven ajenos a ese mundo interior, a la construcción de sí mismos y a la suerte del prójimo.

Afortunadamente ayuda a lo anterior el hecho de que existe una fuente inagotable de amigos virtuales que pueden enriquecer e iluminar nuestras vidas y que nos pueden acompañar siempre. Es el maravilloso campo de la cultura que nos permite ser amigos de Platón, de Aristóteles de Pascal, de Unamuno, de Hostos, de Ortega y Gasset, de Rodó, de Jesús, de Buda, de Confucio, de Beethoven, de Mozart, de Malher, de Shakespeare, de Cervantes, de Neruda, de María Zambrano, de Hannah Arendt y de un largo etcétera. Todos ellos han alcanzado la plenitud que se busca y resultan ser nuestros mejores modelos.

Platón le advirtió a los jóvenes mediante una de sus geniales alegorías, en su diálogo *La Republica*, algo semejante y con su gran genialidad. Es en el libro octavo donde expone que el alma humana es un castillo asediado por un ejército enemigo, que son los deseos que pretenden vencer a su enemigo más odiado que es el deber, el príncipe de la resistencia y la tenacidad. Éste es un príncipe rodeado de sus consejeros más

nobles y sabios que son las virtudes. Éstas le protegen y él sabe siempre qué hacer frente al peligro que le imponen continuamente los deseos. **La lucha entre los deseos y el deber es para Platón la gran batalla del hombre.** La fuerza de la virtud, una vez que está establecida en el alma, vence en esta batalla, y vence sin ya sentirla, como el hombre honrado que no roba sin esfuerzo, asegurando la permanencia de la felicidad aun en el fragor de la lucha.

Alcanzar ese objetivo, vencer los placeres vanos, no lo da la naturaleza sino, como decía Séneca, lo da el esfuerzo. Esta es la sustancia de la vida ética. No nacemos honrados, justos, laboriosos, prudentes, valientes, pacientes, controlados y generosos, tenemos que apropiarnos de estas cualidades por el esfuerzo repetido y constante. Nuestra biografía es la historia de nuestra lucha por alcanzar tales cualidades o de nuestro fracaso ante tal propósito.

Lo opuesto a la virtud es el vicio, **que es como una enfermedad.** Celebro la expresión que ha hecho Marcos Román al describir la forma como adquirimos enfermedades permitiéndonos un placercillo, un vicio, aparentemente inocuo como el fumar y repetirlo continuamente hasta producir un carcinoma letal. “Este caso se parece a lo que Julián Marías ha llamado ‘enfermedades biográficas’. ¿Qué enfermedades son esas? Aquellas en cuyo origen el individuo tiene una responsabilidad de años. Las llama biográficas porque son el resultado previsible de toda una vida caminando en una misma dirección.

Hay algunas enfermedades respiratorias en las que el tabaco ha sido la causa fundamental. La mayoría de los enfermos de carcinoma de pulmón, por ejemplo, no pueden echarle la culpa a la mala suerte. No se trata de que la fortuna les jugó una mala pasada cuando aún estaban en plenitud de

facultades. No. No es cuestión de azar. Se lo han trabajado durante años y al final tanto esfuerzo ha tenido su fruto”¹. El vicio es semejante, es destructivo como una grave enfermedad.

¿Cómo se forman el vicio y la virtud? Ambos son el resultado de elecciones, malas en un caso y buenas en otro, que llegan a habituarse, es decir, a ser modos de actuar, carácter, *êthos*. La diferencia es que la virtud lejos de llevarme a la enfermedad me acerca a la felicidad que buscamos.

La base de la ética se encuentra en que el hombre es libre (capaz de dominar o gobernar el timón de su vida) y por ello la ética es fundamentalmente un ejercicio de reflexión sobre el uso de la libertad para asegurar que no seamos esclavos o no estemos bajo el yugo de los placeres. Los deseos, apetitos y miedos son, dice Foucault recordando una metáfora de Plutarco, como *perros que ladran*. Si eres amo de ti mismo lo serás también de los deseos, apetitos y miedos (como se señaló antes en la alegoría de Platón) y acallarás por una sola voz tuya sus ladridos. A ese dominio de sí se llega formando un *êthos*, un carácter, mediante el *cuidado de sí*. Ésta era para los griegos la concretización de **la libertad**. No era un concepto, era una práctica del señorío y dominio sobre nuestros impulsos. **Los instintos o deseos vanos eran en el hombre libre *perros domados***. Y Foucault señala esta hermosísima expresión: “Pero para que esta práctica de la libertad adopte la forma de un *ethos* que sea bueno, bello, honorable, estimable, memorable, y que pueda servir de ejemplo, es necesario todo un trabajo de uno sobre sí mismo”².

El *cuidado de uno mismo*, la *epimeleia heautou*, como lo llamaban los griegos, tiene que ver, como lo recuerda Foucault, con el *conócete a ti mismo* socrático. Expresión que

¹ Román, Marcos. (2006) *Ética para jóvenes. De persona a ciudadano*. Desclée De Brouwer. Bilbao p. 37

² Foucault, Michel. (1994) *Hermenéutica del sujeto*, Piqueta, Madrid, p. 115

oímos en el colegio en los primeros encuentros con la cultura filosófica, pero no se nos dijo nunca que lo que eso implicaba era la preocupación por sí mismo en la forma de *cura sui*, cuida de ti. Y para ello es necesario una conducta intimista de vigilancia continua sobre nuestros pensamientos y nuestros actos de modo de mantenernos libres, o liberarnos, de la dispersión de la acción desatada por la atracción de los placeres. Con el cuidado interior nos mantenemos en una constante afirmación de nuestro plan de vida. De nuestro querer.

Hay que ser “completamente propio” como apuntaba Foucault del ideal de Séneca. Esto es actuar siguiendo nuestro querer y no nuestro desear espontáneo. Esto requiere un ejercicio constante para desarrollar el poder, la fuerza, para rechazar el apetito voraz del deseo que nos empuja a salir de la ruta que queremos de modo que éste mande sobre nuestras acciones y avasalle la voluntad. En cambio la victoria del **querer** sobre el **deseo** (el deseo es automático, viene sin llamarlo; el querer, en cambio, es hacer las cosas dirigido con el control de la propia voluntad) no sólo aumenta la fuerza, la firmeza y el poder del carácter sino que hace al hombre idóneo para ejercer la acción de ciudadano honesto, en cuanto el ejercicio de control sobre los deseos internos le fortalece íntegramente³.

Somos nosotros mismos los constructores de las virtudes en el taller interno de nuestra voluntad que las va construyendo mediante el ejercicio de la libertad, que como una tejedora esforzada va haciéndolas día a día si la voluntad que la mueve es firme y fuerte para accionar rectamente sus manos. En la medida que van tomando forma estos abrigos del alma, que son las virtudes, el joven va siendo capaz de postergar la recompensa que busca, que es lograr sus metas en el tiempo fragmentado de las horas y los días de arduo trabajo y no en

³ Cfr. Román, Marcos. *Idem*. pp. 40ss

la satisfacción o el placer inmediato que boicotea mi proyecto de vida que tengo que construir a largo plazo.

La construcción de sí mismo exige que edifiquemos en el alma desde muy temprana edad las luces energizantes de las virtudes que no sólo son los criterios firmes para actuar rectamente con nosotros mismos y con el mundo, sino que son energías potentes que fortalecen la personalidad una vez que dilatan la musculatura del alma con su desarrollo.

En la formación del carácter la amistad es como un auxiliar de la virtud. La amistad surge y se intensifica cuando se encuentra una semejanza de intereses, de ideales, de gustos entre dos personas. Por eso se asemeja el amigo a una suerte de espejo en el que yo me veo. Ya Aristóteles decía que en la amistad hay una igualdad y Cicerón pensaba que la razón de la amistad es la semejanza entre dos almas⁴, o que el amigo es un retrato de sí mismo. El tiempo va haciendo crecer la amistad y produciendo esa igualdad. Quiere decir que si no hay una igualdad significativa al comienzo de ésta, se acrecienta esa igualdad por la convivencia. Esta convivencia es uno de los mayores bienes que se encuentra en la vida.

Decía Cicerón: “¡Que luminosa sabiduría! Es que parece como si arrebataran el sol del mundo los que quitan de la vida la amistad”⁵.

El encuentro de un amigo tiene el efecto de un refuerzo en la apropiación de las cualidades, o virtudes, que se quieren poseer cuando se ha comprometido el sujeto a avanzar hacia el logro de la vida buena. Empiezan a ser dos que caminan juntos, según la bella expresión de Aristóteles, pero ese caminar está lleno de sentido y propósito. Es crecer juntos en lo bueno y bello de la vida, por eso es un refuerzo, la unión de dos en la amistad hace más llevadero el camino, produce eso

⁴ Cfr. Aristóteles (2002), *Ética a Nicómaco*, Alianza, Madrid. Capítulo VIII y Cicerón, Marco Tulio, (2002) ⁵ Cicerón. *Idem*. Capítulo XV.

que hoy llamamos sinergia, el aumento de la fuerza por una acción común. Esa convivencia entre amigos es un estímulo continuo a adelantar **el proyecto de vida** que caracteriza a una existencia encaminada a mejorar su esencia vital. Es la admiración mutua que acompaña la amistad que hace ir incorporando las cualidades del otro como si fuera una suerte de modelo presencial que ilumina nuestra vida. Por eso apuntaba Cicerón que hay una constante corrección recíproca entre los amigos, pero no por la recriminación de los defectos sino por el modelaje espontáneo que uno encuentra en el otro. También Michel Foucault dice, “[P]ara ocuparse bien de sí, es preciso escuchar las lecciones de un maestro. Uno tiene necesidad de un guía, de un consejero, de un amigo, de alguien que nos diga la verdad”⁶ Y Michel Onfray, filósofo de la nueva generación francesa, acota bellamente “Recuerdo que Deleuze, hablando de Guattari, llamaba *escritura a cuatro manos* la relación que los unía, que los une. La muerte de un amigo es un agujero en el alma, imposible de llenar: es el mismo que se colma cuando la amistad aparece”⁷.

Dos cosas hay que aclarar. Hablamos del amigo, como si fuera uno solo. Eso no es ni debiera ser así, lo más propio es hablar de los amigos. Y además por la pobreza del lenguaje da la impresión que hay amistad sólo entre varones y esto es absurdo. Incluso en la historia encontramos parejas de amigos célebres pero se silencia o ignora la amistad entre grandes mujeres. Tampoco se habla de la amistad entre mujeres y hombres. Quizás en este sentido el modelo más hermoso, y afortunadamente existe, es la amistad de Jesús con múltiples mujeres, en una época en que la mujer era un ser socialmente invisible, aunque fuese el pilar de su familia.

Con todo lo hermosa y valiosa que es la amistad ésta tiene un límite. Celebro sobre este aspecto un refrán que nos recuerda

⁶ Foucault, Michel, *ob.cit.* pp. 116ss

⁷ Onfray, Michel (2000) *La construcción de uno mismo*. Libros Perfil. Buenos Aires, p. 185

“Por un amigo se llega hasta las puertas del infierno”⁸. Por un amigo se hace el máximo, pero sin traspasar los límites de la justicia y la verdad. Lo acompañamos hasta las puertas del infierno si es allí llevado, pero no cruzamos la puerta con él. Por eso decía Aristóteles, *Amicus Plato, magis amica veritas*; soy amigo de Platón pero soy más amigo de la verdad. La complicidad es real en un sentido con los amigos: para hacer el bien. Por eso enfatizó muy bien Cicerón: “La naturaleza nos ha dado la amistad como auxiliar de la virtud, no como cómplice de los vicios”⁹.

También es oportuno recordar que avanzar en el proyecto de vida que tenemos toma tiempo y el tiempo de la vida, además de breve, es impreciso en su duración. Por eso, no se puede ser amigo de todo el mundo, sino de aquellos que por su carácter están en el mismo, o parecido, camino por el que yo voy. De lo contrario los “amigos” que van por cualquier camino o sin ruta ninguna, resultan ser una suerte de *cronófagos*¹⁰, quiere decir, devoradores de tu tiempo.

Como bien observa C.S. Lewis la amistad no está conectada al sistema nervioso como acaece en el amor erótico “Eros quiere tener cuerpos desnudos, la amistad, personalidades desnudas [transparentes]”¹¹ Obviamente que si tal atracción se integra a ese amor entonces es más que amistad, sencillamente amor Eros.

* * *

⁸Traída por José Guillén en una de sus notas a la traducción de *La amistad*, de Marco Tulio Cicerón, capítulo X, nota 4

⁹Cicerón, *Idem*, p. 99

¹⁰ Expresión que tomo de André Maurois (1969) *Un arte de vivir*, Librería Hachette, Buenos Aires

¹¹ Lewis, Clive Staples, (1995) *Los cuatro amores*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 10ª ed, p. 86

Hasta aquí he evitado dejar de lado toda creencia religiosa y me he apoyado en la sabiduría humana acumulada a través de los siglos. Tengo la convicción de que la ética desde su origen se ha planteado como una búsqueda de la felicidad y la justicia por medio del esfuerzo del pensamiento.

Justamente lo que hemos expuesto en toda esta reflexión es que somos, como seres libres, responsables de lo que hacemos. La responsabilidad, la obligación de hacernos cargo de las consecuencias de nuestros actos, es lo esencial en la moral, y es porque elegimos, tomamos decisiones y somos responsables de sus consecuencias. La moral es una condición del hombre derivada de su libertad.

Sin embargo, a pesar de que creo que sin religión el hombre puede alcanzar un alto grado de plenitud, es de sumo interés ver cómo la religión, especialmente la judeocristiana, ha elaborado en forma acuciosa la temática de las virtudes que los griegos iniciaron en la filosofía. Por eso, nos interesa de sobremanera aquí el desarrollo de los dones del Espíritu.

La fuente en que se basa el cristianismo para tratar de los dones es un texto de Isaías 11, 1-3.

Y brotará un retoño del tronco de Jesé
Y retoñara de sus raíces un vástago
Sobre el que reposará el espíritu de Yavhé,
Espíritu de sabiduría y de inteligencia
Espíritu de consejo y de fortaleza,
Espíritu de entendimiento y de temor de
Yavhé. [A éstas se añade el don de ciencia].

Se distinguen, las virtudes y los dones, en su origen porque las virtudes de la ética griega son producto del esfuerzo propio, pero en este caso, de los dones del cristianismo, son

dados gratuitamente por Dios y le imprimen al hombre una energía divina. Una suerte de actitud *deiforme*. El hombre cristiano, por ellas, actúa *en forma divina*. En el caso puntual de los dones, Dios es la causa que pone en acción estos dones y el hombre es instrumento de él. La teología advierte que a pesar de esa docilidad necesaria para obedecer esta inspiración del Espíritu el hombre actúa libremente en cuanto se deja ir sin resistencia hacia la dirección que el Espíritu le lleva. El libre albedrío accede sin oposición a la moción divina: “[No] actúa como un instrumento muerto o inerte – como el cepillo del carpintero o la pluma del escritor –, sino como un instrumento *vivo y consciente* que se adhiere con toda la fuerza de su libre albedrío a la moción divina, dejándose conducir por ella y secundándola plenamente”¹². Como hay una actuación del hombre por el instinto sobrenatural para seguir la inspiración divina estos dones son verdaderos hábitos que caracterizan la vida cristiana profunda¹³.

Los humanos vivimos en perspectiva, mirando muy lejos el final del camino que estamos recorriendo. Vivir sin esa perspectiva es vivir en el nivel pre humano de la animalidad. Los animales viven solamente el presente, reaccionando a los estímulos pero totalmente ciegos a una vida diferente. Los humanos no vivimos sólo reactivamente sino creadoramente dándole estéticamente forma a la existencia.

Sin embargo, para muchos, ese futuro, esa proyección, no tiene límites, como los que señalaba la ética humanista; se remonta más allá del tiempo, hacia la eternidad. El futuro es una flecha proyectada sin fin temporal, aunque con un fin muy personal que es la trascendencia divina. La felicidad humana aproximada por las virtudes personales y los bienes de la vida, se expande hacia una felicidad no aproximada ni limitada sino a una plenitud completa y sin fin. Pero en el cristianismo entran en acción otras virtudes, además de las que he-

¹² Royo Marín, Antonio (2004) *El gran desconocido: el Espíritu Santo y sus dones*, BAC, Madrid, 2ª ed, pp. 100ss.

¹³ Cfr. *Idem*, p.105

mos mencionado anteriormente, y esta es la novedad que queremos abordar para entrar en la naturaleza de estas nuevas virtudes.

El hombre dotado de fe visualiza, siente y vive, en pos de una felicidad ya no solamente aproximada, como hemos visto hasta ahora, sino hacia una felicidad sin fin. Esto no niega nada de lo que hemos dicho, sino añade una nueva dimensión que opera no sólo al final o después de la vida sino en la misma trayectoria existencial como una energía que potencia y da una luz distinta al camino que seguimos día a día.

La religión es una fuente de sabiduría que ha acompañado al hombre desde el origen de su historia como un componente de la cultura que, como cualquiera de sus manifestaciones, muchos hombres desconocen a pesar de oír frecuentemente su contenido. ¿No pasa algo semejante con muchos que oyen a Bach, Beethoven, Mozart, Berlioz o Malher y no lo escuchan sino como meros sonidos sin sentido? La belleza está para ellos escondida o no existe en esta música, o es casi un producto declarado sólo por unos pocos, casi como una invención arbitraria, dirían. Para los tales, también Picasso es una extravagancia de un mundo enloquecido, casi una locura de los tiempos modernos. Oídos sordos que oyen y no escuchan; ojos ciegos que miran pero no ven. De tal forma la religión también está ausente en la vida de una parte importante de la humanidad, con una razón que no entiende, como decía Pascal, “las razones del corazón”.

No creo que la religión o la fe quiten a la existencia la angustia o el dolor al que siempre estamos expuestos. Negar eso sería trivializar la religión o sería, como se usa tanto decir hoy, una religión *light*. En el cristianismo, por ejemplo, cuando Jesús llama a sus discípulos está implicado que dice *toma tu cruz y sígueme*. No dice, si vienes conmigo se aca-

bó el sufrimiento. El sufrimiento humano tendrá otro sentido o tendrá un sentido, pero no dejará de estar presente. La expresión de Jesús *el discípulo no es superior al maestro*, quiere decir que él es el maestro que sufrió hasta dar la vida por la humanidad, luego nadie puede pretender que será su discípulo y vivirá sin sufrir aventajando a su maestro.

Cabe preguntarse si es posible la felicidad que buscamos en un planteamiento religioso como éste. Al parecer la respuesta es afirmativa. Hay místicos cristianos que señalan que la tristeza es inaceptable en un creyente porque es una suerte de ingratitud con Dios. Cada día el cristiano recibe el amor de Dios de múltiples formas, ante lo cual una molestia o disgusto es comparable a una gota de agua con el océano. Francisco de Sales recordaba las palabras de Pablo (en 2Cor 7, 10) “la tristeza del mundo produce la muerte”. Pero, Francisco de Sales añade: “priva al alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y deja sin fuerzas. La mala tristeza es, en fin, como un invierno violento que priva a la tierra de toda su hermosura y paraliza todos los animales. Que le quita toda suavidad al alma, y que casi la paraliza y hace incapaz de usar todas sus facultades”¹⁴.

Armonizar el sufrimiento y la felicidad parece un *oxímoron*, algo así como una contradicción en términos imposible de resolver. No pienso así, una vida feliz, *como puede serlo un hombre*, no descarta nunca el sufrimiento. El estado de felicidad o plenitud, *a lo humano*, es un estado integral en el que se está seguro que la dirección, la energía, la consistencia y estabilidad del vivir es inalterable. El *êthos* se dobla como el bambú pero se pone de pie con dolor y todo. En el camino se seguirá herido pero no arrepentido ni titubeante sobre su dirección. Es lo que Julián Marías llamaba *la pretensión*, que está en relación al futuro como proyección hacia la realización de nuestro proyecto vital que

¹⁴ Sales, san Francisco (1999), *Introducción a la vida devota*. Apostolado Bíblico Católico, Santiago de Bogotá, Colombia, pp 332ss

se va tejiendo, y destejiendo, rectificando y volviendo a avanzar cada día.

No es un oxímoron. Sino que es una contradicción que la grandeza humana resuelve imponiendo la voluntad moral sobre el accidente cotidiano que, por lo demás, nunca dejará de atacar la existencia como las olas del mar sobre la orilla del alma. Las olas del mar y la playa coexisten y constituyen la belleza natural como la felicidad en una humanidad fuertemente desarrollada. Ésta es golpeada a cada rato pero no derribada por el sufrimiento. Si a lo anterior se añade la fe, el sufrimiento es soportado como una herida constante que se transforma en una forma de compartir el sufrimiento de Cristo, dirían los cristianos, como discípulo pretendidamente fiel, si es que alguna vez se llega realmente a serlo. Este es el origen de la angustia de Kierkegaard: fallarle siempre a Dios.

Seguramente los discípulos verdaderos llevan el sufrimiento como una cruz que enaltece su existencia y son felices a pesar del dolor de cada día, el dolor no altera la integridad de la vida.

Sin embargo, debe resultar, para los que no tienen fe este punto de vista irracional e incomprensible. Y creo que es así si toda esta fortaleza sigue siendo vista como una energía solamente natural. Concordaría con ellos entonces en considerar todo esto imposible. Pero, todo adquiere una proyección diferente por la fe. Los cristianos creen que lo que parece imposible de realizar desde el punto exclusivamente humano, es posibilitado por ésta.

Los dones del Espíritu son hábitos sobrenaturales que permiten el discípulo de Cristo alcanzar una vida más plena, a la que estaría vedado sin ellos. Los dones del Espíritu son: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la ciencia, la fortaleza,

la piedad y el temor de Dios.

Otra cosa es si estas cualidades son operantes en un cristianismo desvaído como el que se vive cotidianamente en el común de los humanos de hoy. Si en el plano netamente ético o natural hay hoy una pobreza moral deprimente también en el orden de la religiosidad hay un estado semejante. El mundo está bajo en moralidad y en religiosidad. Sin embargo, tampoco creo que estemos en el peor periodo de la historia como algunos dicen.

El *sapere aude*, atrevete a saber, que inspiró Manuel Kant, es un principio de confianza y credibilidad en el saber y la cultura, como si el género humano hubiera llegado a la mayoría de edad al descubrir su autonomía y libertad. Eso es lo que parece haber llegado a su fin. La racionalidad tecnocientífica y el producto creado desborda la capacidad del mismo hombre que la desarrolló. El hombre no es capaz de controlar la fuerza destructiva de sus logros. Europa en llamas dos veces y las cenizas de sus hijos esparciéndose desde las estepas rusas hasta el mediterráneo, desmienten la madurez de su cultura. Como decía José Luis Aranguren *estamos viviendo un tiempo menestero*. Después de la segunda guerra, más fácil se reconstruyó la economía europea que el talante moral y religioso de su gente.

El caso de Teresa de Calcuta es un ejemplo que conmovió al mundo como si fuera un rayo de luz que emanara del mismo Dios. Los dones del Espíritu que proclama su religión los encarnó y fructificó llevándolos a su máxima luminosidad. Esto no ocurre en el común de la gente, ni en los creyentes, porque estos son los dones olvidados y como tales nadie los cultiva en su espíritu. Están secos como unas semillas plantadas en el desierto.

De la multiplicidad de defectos que el hombre tiene sembrado en su naturaleza el Espíritu le protege con sus dones. En el conocimiento limitado y falible, el Espíritu le otorga el don de *entendimiento*; para obrar con prudencia, el don del *consejo*; para juzgar rectamente, el don de la *sabiduría*; para el manejo de las cosas del mundo, el don de *ciencia*; en la relación con los hombres, el don de *piEDAD*; contra el miedo a los peligros, el don de la *fortaleza*; contra la seducción de los placeres, el don del *temor*.¹⁵

El Espíritu Santo sería como el motor principal que movería la vida del sujeto; como si éste fuera un órgano suyo. Diría que como mi cerebro mueve mi mano: “al ser movidos por Él se comportan como órganos suyos”, dice Santo Tomás de Aquino.¹⁶ De hecho lo que me ha impresionado a un nivel de lección inolvidable es cómo San Agustín en *Las Confesiones* repite una y otra vez que descubrió que durante toda su vida de hombre mundano, antes de su conversión al cristianismo, a los treinta y cinco años, Dios le estaba conduciendo llevándole incluso a las profundidades del mal, o las puertas del Infierno, para prepararlo para la vida buena “tu mano, Señor, en lo oculto de tu Providencia no me dejaba...pues en ello se ven muy de manifiesto tus misteriosos procedimientos”¹⁷. “Me dejabas arrebatado por el torbellino de mis apetitos con el fin de acabar con ellos”¹⁸. Es sobrecogedora esta afirmación de San Agustín, tan humana además. Quiere decir que Dios quería que se hastiara y cansara de los placeres para salir de ellos y abandonarlos definitivamente. Y deja saber muchas veces, “tu me gobernabas secretamente”. Todo el hilo conductor de sus confesiones es seguir la forma en que Dios fue urdiendo su vida hasta llevarlo a la culminación de la vida cristiana. Y dice también, más de una vez, “y yo creía que me conducía”.

En este mundo extrovertido y estresado se nos escapa lo

¹⁵ Tomás de Aquino (1954), *Suma Teológica*, BAC, Madrid, 1-2 q 68 a.4

¹⁶ *Idem*

¹⁷ Agustín, san (2004), *Confesiones*, Claretiana, Buenos Aires, p. 128

¹⁸ *Idem*

fundamental que es la **intimidad** inefable de la vida religiosa que ocurre secretamente entre un alma y el Espíritu. Es en esa intimidad donde se derrama la energía amorosa con que el Espíritu riega estos dispositivos en el hombre para que responda ágil y prontamente a sus inspiraciones. Como ocurre también con las virtudes del carácter en la vida moral, que producen una disposición o inclinación de los apetitos para que sigan la dirección de la razón. Los dones sensibilizan las facultades para escuchar al Espíritu. Las virtudes sensibilizan los apetitos para escuchar la dirección de la razón. Es el sentido, en un caso, de la vida ética y, en el otro, de la vida mística.

Creo que el mundo en que vivimos no es un mundo de intimidades. Estamos tan volcados hacia el exterior, especialmente hacia la riqueza, el poder y la fama, que no hay tiempo ni visión para advertir lo que el Maestro Eckhart (1260-1327) decía tan sabiamente: “Dios está muy cerca de nosotros, pero nosotros estamos distanciados de Él. Dios está en nosotros, pero nosotros estamos fuera de nosotros. En nosotros Dios está en su casa, pero allí nosotros somos como extraños”¹⁹.

Hay que volver a nuestra casa interior, como dice el Maestro Eckhart y también Santa teresa de Jesús; ahí está el Espíritu Santo para orientarnos y guiarnos con sus dones, esos dones que hoy son dones olvidados. Debíamos tener presente estas palabras del evangelio: “donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”.

27 de enero de 2010
Anfiteatro Mons. Vicente Murga
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico
Ponce, Puerto Rico

¹⁹ Eckhart de Hochheim, J (2002) *Vida eterna y conocimiento divino*, Deva's, Buenos Aires, p. 94ss

LECCIÓN MAGISTRAL

LA ESTÉTICA DE LA JUVENTUD: LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO COMO UNA OBRA DE ARTE



La Dra. Enid Miranda, Catedrática del Colegio de Artes y Humanidades da comienzo a la Lección Magistral



El Dr. Jorge Iván Vélez Arocho, Presidente en su mensaje a los presentes

LECCIÓN MAGISTRAL
LA ESTÉTICA DE LA JUVENTUD:
LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO
COMO UNA OBRA DE ARTE



El Dr. Andrés Rodríguez Rubio durante Lección Magistral



S.E.R. Mons. Félix Lázaro, Sch.P. presidiendo el Desfile Académico

LECCIÓN MAGISTRAL
LA ESTÉTICA DE LA JUVENTUD:
LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO
COMO UNA OBRA DE ARTE



El Dr. Vélez Arocho, Presidente junto al Dr. Rodríguez Rubio, Orador Principal



El Público asistente disfrutando de la actividad.

